

Valdepeñas en mi tosco y rudo lenguaje á quitarte todas las carretas conque has vivido y vives, cual si estuviéramos en perpetuo Carnaval.

Si antes te dije que procedías del campo republicano federal y eres conservador silvelista de la víspera, hoy retratándote mejor y dándote cuanto tu caracter irónico siempre destacó y reflejó en todos los actos de tu vida, te llamaré excéptico en política y en todo, porque si no eres *mariposa* que haya libado en diferentes flores, eres una personalidad tan fatídica y ductil, que con esas resplandecientes condiciones has colaborado en el triunfo á gran el mismo de candidatos conservadores que de liberales, á los cuales perfectamente conoces, sin que esto te haya impedido, y cual ya te han echado en cara, venirme al día siguiente á esta población para festejar el 11 de Febrero y brindar por el inmediato triunfo de la República, sometiéndote tanto y tanto á los dictados del jefe de aquella reunión que con entusiasmo delirante le ofrecías seguirle á *Despñeaperros* como habías venido á conmemorar en su compañía la famosa federal de tus enloquecidos amores.

Pero es claro, no había entonces en perspectiva un acta de Diputado á Cortes para tí, y eso explica tus denuedos aunque no se compagine con el hecho de apenas dejada sobre la mesa la copa conque brindaras te trasladases á tu pueblo, adoptivo, para olvidando cuanto acababas de decir y de cantar, andar á la greña con todo el mundo y constituir los Ayuntamientos famosos de ese desventurado Almagro que te padece, donde ya no se reflejaban ecos ni acentos democráticos, pero sí se veía el muñado de tus escepticismos, que para quienes te conocemos hacían al platino tu retrato.

Claro es que para quitarte la balumba de tanta y tanta fechoría como en tu derredor acumulabas, érate preciso denostar á los demás y traer á cuento al egregio varón que fué jefe del partido liberal, y aun tío mío, de Torrecilla de Cameros, á quienes dices que engañé como á un chino.

De tu mesura y respetos á los sagrados intereses de familia das acabada muestra con el recuerdo de semejante hecho, pero ya que dices, y acepto la lección, que para ser chico de la prensa, y con *guapeza* añadido yo, es menester no truncar la verdad ¿por qué no añades que en aquel lance, cuyas heridas ya restañadas descostrasimplacablemente, cumpliendo yo cual cumplí mis deberes para con D. Práxedes, ante quien nunca necesité fiadores,

que quien resultó traicionado por tí, quedando por ello tibias y frías como el hielo nuestras relaciones de amistad, fuí yo?

Aunque seas zamorano, y del pueblo de Lanseros, no han de valerte seguramente tus arterias *Toñé*, ya sabes por qué te confirmaron así las habilidades de que quieres hacer gala presentándome como inspirador del comité canalejista de esta ciudad, donde ni tengo ni tuve las afinidades de contubernios que tan de tu agrado son, y en los cuales te revuelves á tu pesar tal vez el maquiavelismo de que por todas partes y en todas cosas, haces gala para traer y revolver los respetables nombres de López Domínguez, Cánovas del Castillo, Sagasta y Romero Robledo, con alguno de los cuales habré podido tener amistad particular, pero que todos ellos en su grande altura intelectual, en su conocimiento exacto y especial de las personalidades, tengo por cierto y seguro que á sabiendas y con conocimiento de tus agiotages y maquinaciones te lanzarían el más retumbante y escarnioso anatema, y la desautorización más cumplida y rasonante, como seguramente lo hará á poco que te trate el refinado y superior conocimiento que de las cosas y los hombres tiene el jefe del partido en que ahora *dices que militas*, D. Francisco Silvela. Porque ¿cuál sería el juicio y el concepto que de tí haya formado tan habil y perspicaz señor cuando haya visto en tu embolada carta los motivos y fundamentos de tu escapada del partido republicano federal? Risa merece eso de que por haberse perdido las Colonias has renegado de tus creencias republicano-federales.

Ya lo saben los eminentes hombres públicos que se llaman Salmerón, Azcárate, Álvarez (Melquiades), Muro, y tantos otros que porque no tenemos Colonias no hay razón para que sean republicanos, según tu indiscutible autoridad.

¡Oh! ¡Qué diría de esto si viera aquel que te infiltró el federalismo? Qué asombro no experimentaríamos el intejerrimo y esclarecido Pí Margall al ver que de una manera tan perfecta habías compenetrado con su criterio é ideas respecto á la vida de las Colonias.

Tengo, pues, por seguro, que de tan aprovechado discípulo del intachable Pí Margall se propondrá tu nuevo jefe el frío y reflexivo y sagáz señor Silvela hacer y sacar un grande hombre de Estado.

Voy á terminar esta ya larga epístola, aunque no sin hacerte presente, que del tiempo de tu separación del partido federal

ciertamente que no nos habíamos enterado, pues eran tales tus actos, tan descaradas y cínicas tus osadías en todos tiempos y lugares, por cuanto te llevo recordado, que no era facil darse cuenta exacta cuándo estabas de federal, cuándo de liberal y cuándo de conservador; y sin que se aperciba Blas, que te devuelve sus afectos con todas las ironías é intenciones que tuvieras al enviárselos, con eso que constituye tu menguado proceder, porque Blas, si no lo sabes lo aprendes, es un hombre honrado y decente, dispuesto á rechazar tus sangrientos apóstrofes en la forma que los prepares y presentes, y por mi conducto.

Como hace tanto tiempo que por tus incorrecciones y veleidades dejamos de ser amigos se despide haciéndolo así constar

SEBASTIAN BERMEJO.

Don José G. Abascal

No es al político, es al periodista, al escritor, al que siente y piensa, al que á su imaginación ardorosa, infatigable, preñada de imágenes bellas llegan el amor filial, el cariño paterno, la caridad, y atrevido rompe el hielo social y une lo grande á lo pequeño, es á quien nos dirigimos.

¡Qué hermoso es y con qué gusto está escrito! Nos referimos á la exposición, á la solicitud que ha propuesto á S. A. R. la Serenísima Señora Princesa de Asturias con motivo de recibir su augusto hijo el agua del bautismo, para que dirija su régia mirada hacia el niño que en noche fría, en el pórtico de un teatro, sin pañales siquiera que envolvieran sus amartadas carnes, y quizá *sin padre que lo mime*, vino á este mundo y forma ya parte de nuestra sociedad.

Esa concepción, esa idea no toma asiento, no germina más que en la portentosa y fantástica imaginación de un periodista; sólo á un periodista se le reserva y se le consiente un atrevimiento semejante, y sólo un periodista puede conseguir por su gran fuerza de acción la unión de los dos polos.

Y ¡hora es ya que nuestra sociedad engreída, fanática, pega contra nosotros, que digamos también lo que es el periódico, lo que es la prensa, pues sólo así han de enmudecer sus detractores y hemos de llegar á sus manos, no como á quien se espera por compromiso, sino como al que se aguarda como símbolo de redención.

La prensa periódica es y ha sido siempre el clamor del pueblo, la voz del pueblo, el centro social de donde han brotado las revoluciones todas y donde han tomado cuerpo la libertad, la democracia, el respeto individual, la caridad, fuente inagotable de energías, persuasiones, de amor, de cariño, de idolatría, porque en ella han morado la ilusión, el desinterés, el entusiasmo.

La prensa periódica, la de los pueblos pequeños como la de las grandes ciudades, representa el progreso, el grado de ilustración de los vecinos. De un pueblo se dice rico por cuanto mayor es el número de hectólitros de ácido sulfúrico que consume, pues que esta sustancia química es la más necesaria para todas las industrias, y se llama ilustrado por

cuanto mayor número de periódicos tiene, porque la prensa periódica es la que requiere más fósforo, y sabido es que la *sustancia gris* que aloja el cerebro es la que más se gasta en tales empresas.

En el periódico se unen, se eslabonan las voluntades todas y encuentra el pueblo seguro asilo que ampara sus desgracias, que las pregona y pide se rediman. Es un baluarte de acción desde donde, en concierto armónico, salen la acusación y la defensa y bajo un sólo grito el amor entrañable al bien y el deseo de practicarlo.

Y sinó, ver á Kasabal, escritor infatigable, como ningún otro, respetuoso á su credo, á su ideal, tan monárquico como el que más, y no porque le sea retribuido, llegarse al pobre niño y cogerle sus descarnadas manos para que las abra á la caridad de la egregia y augusta señora, á la noble dama que ciñe su frente con la corona de nuestro Principado de Asturias. ¿No es bello ese acto de filantropía?

La solicitud de Kasabal, sus palabras, siendo periodista, son salmos evangélicos que abren ancho campo á la prensa toda y le conceden el don de ser el más admirado, el mejor leído y el que dispone de la voluntad del que como el que escribe estas cuartillas fué entre todos su predilecto.

Que guarde Dios la vida del gran periodista siquiera por egoísmo, pues que siguiendo á Blasco y otros de eterna memoria, de su pluma nacen los más grandes sentimentalismos que hacen gozar al hombre y le ponen en contacto de la divina gracia.

Las tarifas de transportes

De nuestro estimado colega de Ciudad Real, *El Progreso Manchego*, copiamos el siguiente artículo de verdadero interés para nuestras clases agrícola, industrial y mercantil:

«La elevación y desigualdades de las tarifas de transportes de las Compañías ferroviarias hace imposible dentro del mercado nacional la exportación de los productos á los mercados de consumo.

Ante tan insuperable dificultad la Cámara Agrícola de Valencia ha iniciado una campaña contra las empresas de ferrocarriles, empezando con una circular de trenes enérgicos en que pide apoyo y consejo á todas las entidades agrícolas.

«Las empresas ferrocarrileras—dice la circular—han creído siempre, y lo que es peor, han logrado hasta ahora, que España fuera para ellas, y no ellas para España: y como por desgracia para nuestra nación son extranjeros en su mayoría los capitales en las mismas interesados, se explica bien el por qué sólo ansíen su lucro y tengan en poco el justo beneficio que reportar debiera al suelo en que radican.

Empresa de titanes resulta en esta desventurada nación, no el oponerse sistemáticamente á las ambiciones de las Compañías, sino al encerrarlas en los justos límites de una distributiva equidad. Pero el peligro apremia, la urgencia nos abruma y la necesidad se impone de que el país se levante en masa para protestar de esa actitud de las empresas, y para conseguir de ese elemento de tráfico cumpla su verdadera misión y preste á la Nación los servicios que no solamente son compatibles con su interés, sino que de seguro habrían de acrecentarlo y enriquecerlo, por aquella conocida ley de que á mayores facilidades mayores rendimientos.

Todas estas consideraciones han sido